

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

El Congreso de los Superiores Generales sobre LA VIDA CONSAGRADA HOY

Introducción.-Importancia del Congreso.-Original planteamiento de los temas.-Dinámica de trabajo.-Núcleos centrales de la Vida Consagrada.-La misión.-La comunión.-La identidad.-La formación y las vocaciones.-¿Qué van a decir los obispos en la próxima reunión sinodal?-En camino hacia el Sínodo.

Roma, solemnidad de la Inmaculada,
8 de diciembre de 1993

Queridos hermanos:

Estamos en el clima litúrgico de la venida del Señor: esperamos la llegada de la Navidad y el comienzo de un nuevo año de vida y de trabajo. Viene espontáneo el expresar los deseos más cordiales de crecimiento en la novedad de Cristo y de fecunda labor en la nueva etapa cronológica. Demos juntos gracias al Señor por cuanto nos ha dado en el período que termina y pidámosle luz y fuerza para todo 1994.

Será el año del esperado Sínodo episcopal sobre la Vida Consagrada: un sínodo que será histórico en los anales de la Iglesia.

A nosotros nos interesa de modo particular saber fortalecer y desarrollar el proceso de renovación que comenzamos hace tiempo.

Como un paso en el camino hacia el Sínodo y aportación al mismo, del 22 al 27 de noviembre de 1993, hubo en Roma un congreso internacional sobre *La Vida Consagrada hoy: Carismas en la Iglesia para el mundo*,

organizado por la Unión de Superiores Generales. A él asistí con otros seis salesianos y una Hija de María Auxiliadora.

Creo que será útil ofrecer a vuestra consideración algunos datos y reflexiones de dicho encuentro, esperando que sirvan para intensificar el clima de preparación al noveno Sínodo ordinario, que tendrá lugar el próximo mes de octubre.

Importancia del Congreso

En una circular anterior, que llevaba el significativo título de *Invitados a testimoniar mejor nuestra consagración*¹, hice ver la importancia que tiene en la Iglesia el próximo Sínodo sobre la Vida Consagrada.

La Unión de Superiores Generales, consciente de esta importancia, decidió preparar un congreso que fuera la ocasión de una reflexión amplia y realista y formulara algunas propuestas actuales y concretas que se ofrecerían al Sínodo. El Congreso, aunque partió de la experiencia de los Institutos propiamente “religiosos”, quiso estar abierto a la reflexión sobre toda la Vida Consagrada, por las grandes convergencias que tiene, a pesar de las diferencias, en la comunión de la Iglesia.

En él participaron más de quinientas personas de unas ciento cincuenta naciones: doscientos eran superiores generales —muchos de ellos acompañados de algunos miembros de sus Consejos—, cincuenta presidentes o representantes de Conferencias nacionales de religiosos/as y un centenar de teólogos. También asistieron varios miembros de los dicasterios romanos y algunos cardenales, obispos y seglares. Hay que añadir la participación importante de superioras generales y teólogas de la Unión Internacional de Superioras Generales. Conviene advertir que éstas ya habían celebrado una reunión parecida, puesto que, dado su número y la diversidad de perspectivas,

1. Actas del Consejo General, núm. 342, octubre-diciembre de 1992.

no les pareció posible ni oportuno tener un congreso único.

La celebración de un Congreso de tales dimensiones sobre la Vida Consagrada posconciliar fue un momento de gozosa toma de conciencia de nuestros carismas en la Iglesia y abrió horizontes de esperanza frente a los retos del momento actual.

Fue una experiencia profunda de comunión, diálogo e intercambio entre carismas, tradiciones, continentes y culturas distintas.

Destacó la universalidad, la variedad cultural, la diversidad de los carismas, el sentido de las Iglesias particulares, las experiencias positivas, las perspectivas de futuro, la esencialidad de la consagración, el valor teológico de la misión, las riquezas de la dimensión comunitaria y la llama de ardor que hay que avivar en las nuevas generaciones.

El Santo Padre recibió a todos los congresistas el 26 de noviembre, y les habló de temas apropiados, portadores de esperanza para los consagrados y para toda la Iglesia.

El Congreso, visto en su conjunto, fue positivo, no sólo por la numerosa y constante participación, sino también por la calidad de las aportaciones de estudio, por la intensidad del diálogo y por las observaciones y propuestas que se hicieron.

Terminado el Congreso, dichas "propuestas" fueron objeto de discernimiento por parte de los Superiores Generales en dos días posteriores (1 y 2 de diciembre) antes de mandarlas oficialmente a la Secretaría del Sínodo.

Creo que este esfuerzo de los Institutos masculinos ha sido el más importante para prepararse a la sesión episcopal del próximo mes de octubre.

Original planteamiento de los temas

Un aspecto interesante que merece ser destacado es la

originalidad y el realismo en el planteamiento del Congreso.

Se quiso partir de la situación presente y del camino vivido en el período posconciliar, haciendo emerger los valores constitutivos de la Vida Consagrada como respuestas ya en acto, no obstante las limitaciones que las acompañan, a los retos del cambio de época que estamos viviendo.

Por ello, se siguió un camino diferente del indicado en los "Lineamenta", camino de algún modo complementario, para ofrecer una visión más vivencial, basada en las situaciones concretas de los últimos decenios y en el momento actual, muy distinto de cuando el Vaticano II dispuso y estimuló la actualización de los Institutos religiosos.

Los "Lineamenta" partían del patrimonio doctrinal del Magisterio. En primer lugar delineaban la naturaleza e identidad de la Vida Consagrada y su variedad carismática; pasaban después a la renovación del posconcilio, a pesar de ciertas ambigüedades e limitaciones; por último, presentaban la Vida Consagrada como parte viva de la Iglesia-comunión y de la Iglesia-misión y las exigencias de la nueva evangelización.

En fin de cuentas, fue positivo que el Congreso siguiera un camino diferente para llegar a la misma meta, pues las dos ópticas convergen sustancialmente en sus conclusiones y se refuerzan mutuamente en la profundización y orientación de la Vida Consagrada hoy.

El método seguido por el Congreso supone la conciencia clara de la propia identidad, vivida en la experiencia del tiempo y en el esfuerzo posconciliar de renovación.

Empezar el encuentro con el resultado de una encuesta sociológica de la Vida Consagrada en Estados Unidos (donde algunos consagrados tienen ciertas dificultades) y con un estudio científico del Centro Loyola, de España, sobre 200.000 religiosos/as occidentales, sirvió para ofre-

cer un estímulo a tomar conciencia de la situación real con una base más objetiva.

Ambos estudios sociológicos, limitados en su área y, por tanto, un poco reductivos, no se ofrecieron como lectura global de la realidad de la Vida Consagrada, que también debe tener en cuenta otros parámetros. Sin embargo, pusieron de relieve la utilidad de una mediación sociológica cuando, en una óptica de fe, se trata de descubrir lo que está diciendo Dios a través de los hechos, positivos o negativos, con miras a un discernimiento evangélico del proceso de renovación en un momento nada fácil de transformación.

Esta opción de partir de la realidad invitaba a los congresistas a adoptar preferentemente esta perspectiva en sus reflexiones y aportaciones, tanto más que se trataba, sobre todo, de superiores que se mueven a diario en la compleja responsabilidad de un camino de renovación y, por consiguiente, en una experiencia directa de la vida real.

Después de las encuestas sociológicas, enriquecidas con la experiencia de los asistentes, se pasó a analizar la Vida Consagrada bajo tres aspectos fundamentales: *misión, comunión, identidad*, en el orden indicado. Se trató en concreto de una especie de búsqueda de auto-comprensión de la identidad de la "vocación consagrada" frente a las múltiples interpelaciones de los cambios culturales y eclesiales, de un intento de respuesta a la pregunta: "¿cuál es hoy la imagen que debe transmitir la Vida Consagrada?", sabiendo que la identidad necesita no sólo una presentación doctrinal, sino también ser descrita con un lenguaje teológico-narrativo que tenga en cuenta que la Vida Consagrada es vida e historia.

Durante la reflexión de dichos temas y en el momento de la síntesis, se subrayó también, como aspecto de particular urgencia, el tema de *la formación y las vocaciones*, abordado de nuevo con particular interés por la asamblea de los Superiores Generales algunos días después del Congreso.

Durante este encuentro mundial, en el intercambio de experiencias y en las intervenciones de personas con mentalidades y culturas diversas, no faltaron afirmaciones discutibles, que se depurarían en los interesantes y animados trabajos de grupo. Por otra parte, ciertas aportaciones estaban pensadas como estímulo e información para ayudar a entender situaciones y mentalidades reales. No todo lo que se dijo en las ponencias y en las mesas redondas representa el pensamiento final de la asamblea.

Sin embargo, puede afirmarse que, a través del diálogo y en la variedad de las situaciones, en la multiplicidad de los carismas, en las diferencias de las espiritualidades y en la riqueza de la experiencia de Dios, se vio con claridad una convergencia fundamental y una rica pluralidad teológica.

Dinámica de trabajo

Es útil una referencia a la organización del trabajo, para ver cómo pudo implicarse de hecho a un número tan elevado de congresistas.

Por la mañana se presentaban las amplias ponencias, en las que confluían dos años de trabajo de la Unión de Superiores Generales; después, hubo cuatro mesas redondas sobre los temas expuestos, para presentar inquietudes desde el punto de vista geográfico-cultural y carismático.

Así, por ejemplo, el día dedicado a la "misión" intervinieron, entre otros, don Juan Vecchi, nuestro vicario general, con una aportación de tipo geográfico-cultural sobre la misión en América Latina durante estos años de transformación, y Ricardo Ezzati –salesiano que trabaja en la Congregación de Institutos de Vida Consagrada, sección "Religiosos"– con una aportación de tipo carismático sobre los retos a la misión en los carismas de vida apostólica, según la experiencia vivida después del Concilio.

Por la tarde había dos tiempos de trabajo. En el primero se reunían los veintisiete grupos lingüísticos para profundizar las exposiciones de la mañana desde cuatro perspectivas o enfoques particulares —cultura, carismas, formación, futuro— repartidos dentro de los grupos.

En un segundo momento, los grupos lingüísticos se reunían en cinco grandes amplias “constelaciones” para concretar las reflexiones de los grupos en dos direcciones sintéticas: aspectos doctrinales y propuestas prácticas. Dos secretarios distintos de cada grupo llevaban la síntesis a la constelación y, de aquí, un secretario, designado precedentemente por su competencia, llevaba el fruto del trabajo al equipo de la Secretaría Central.

Fue, pues, un trabajo intenso y complejo, en el que participaron todos los congresistas y que puso de relieve la capacidad de colaboración y de confluencia en visiones suficientemente compartidas entre personas de tanta variedad de carismas y procedentes de numerosas situaciones profundamente diferentes.

Considerando el elevado número de participantes, se puede afirmar que la dinámica favoreció el intercambio y la participación y mereció una valoración positiva.

Núcleos centrales de la Vida Consagrada

Dos años llevaba la Unión de Superiores Generales afrontando en sus asambleas anuales (dos al año y tres días de duración cada una) los temas considerados y experimentados como fundamentales en la vida real: la misión, la comunión y la identidad. Fue un esfuerzo compartido para buscar en concreto los problemas planteados de hecho en esta época de transformación y para especificar los puntos básicos que hay que asegurar, los pasos positivos de la renovación y las ambigüedades y posibles desviaciones. Se hizo una reflexión sobre la praxis de los Institutos en fidelidad a los Fundadores, siguiendo

las orientaciones del Vaticano II y del Magisterio posterior, para responder como consagrados a las demandas concretas de las situaciones.

Había, pues, ya una temática, inicialmente identificada desde la óptica de la responsabilidad de animación y conducción de los Superiores Generales.

En sus reuniones, la Unión de Superiores Generales había constatado una multiplicidad de interpretaciones teológicas en cuanto a la naturaleza eclesial de la Vida Consagrada; multiplicidad que quizás en parte depende de la variedad de carismas, pues cada uno tiende a interpretar el todo partiendo de la óptica de la experiencia carismática del propio Instituto. Se habló de la radicalidad del seguimiento de Cristo, de la práctica y profesión pública de los consejos evangélicos, de la búsqueda y pertenencia absoluta a Dios, de la perspectiva escatológica de la vida cristiana, de las diferentes formas de diaconía en la misión de la Iglesia, del esfuerzo ascético de tender a la santidad, etcétera.

No cabe duda que todas las interpretaciones eran, en sí mismas, verdaderas; pero quizás no todas captaban el núcleo fontal de la identidad de la Vida Consagrada desde el que convendría presentarla al próximo Sínodo. No se trataba de dar una definición teológica —cosa que no atañe a los Superiores Generales—, sino de especificar lo que se considera que verdaderamente está en la raíz de todo y para todos.

El reciente Congreso, partiendo del análisis de la realidad y de las reflexiones hechas con antelación, se propuso seguir el mismo camino.

Más adelante indicaremos la meta alcanzada; aquí queremos subrayar que se ha dado un paso adelante al reflexionar sobre la experiencia vivida por los Institutos religiosos en estos años posconciliares de transformación.

Pero veamos los temas tratados en el Congreso. De cada uno de ellos sólo ofrezco algunas ideas a modo de estímulo.

La misión

El primer tema afrontado fue la misión. Éste emerge con más fuerza en el actual proceso de transformación, porque de él proceden los retos más urgentes. También nosotros lo experimentamos en los intensos y largos debates del Capítulo General Especial y en la elaboración y reestructuración de las Constituciones: “La misión da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta, especifica nuestra función en la Iglesia y determina el lugar que ocupamos entre las familias religiosas”².

2. *Constituciones* 3.

La misión se refiere, en primer lugar, al Reino de Dios y a sus valores, que Jesucristo proclamó y del que la Iglesia es sacramento y fermento (“germen, signo e instrumento”)³.

3. *Redemptoris missio* 18.

El concepto de misión depende de cómo veamos la acción de Dios Padre, de Cristo y del Espíritu en la humanidad y en la historia. Del concepto de misión eclesial depende la forma de ver nuestra misión específica y nuestra vocación de apóstoles. La misión es, al mismo tiempo, compromiso y profecía, encarnación y escatología; es caminar en la historia al lado de la humanidad ayudándole a descubrir y acoger la presencia de Dios que salva.

Se hizo notar continuamente que la misión es de la Iglesia y que participamos en ella con nuestra vocación específica y en virtud del bautismo.

La misión viene de Dios y es participación en el misterio.

La misión no es simplemente una actividad externa más o menos unida al ser de la Iglesia; le es absolutamente intrínseca y constituye su naturaleza. No se ha de confundir con sus prestaciones, obras, destinatarios, servicios, etc., aun cuando todo ello sea un aspecto nada indiferente de la misma. Para comprender su alcance, es preciso remontarse con la fe al misterio de la Trinidad, donde el Verbo es enviado por el Padre, y el Espíritu es enviado por el Padre y por el Hijo, en misión a la historia

de la humanidad. El Verbo se encarna y, como hombre, es consagrado por el Padre con el Espíritu para la gran misión de salvación, que orienta el camino de los pueblos hacia el Reino de Cristo y de Dios.

El Espíritu, don del Padre y del Hijo, es el fecundo e incansable suscitador de los carismas comunitarios que comprometen a los diferentes Institutos a participar con modalidades diversas en la compleja misión transmitida por Cristo a la Iglesia.

En el origen de todo se encuentra la iniciativa de Dios: el amor del Padre que envía al Hijo a la historia humana y, junto con él, envía después al Espíritu Santo; es una historia inefable de amor: un Dios que quiere hacer posible y genuina la respuesta del hombre. En efecto, la función del Espíritu Santo es incorporar a los hombres a Cristo para llevarlos con él al Padre: es el gran círculo de la reciprocidad en el amor.

La Vida Consagrada se halla totalmente sumergida en este gran misterio de "la vida y santidad" de la Iglesia.

Como decían los Padres: del amor del Padre, hacia el hombre a través de la encarnación del Hijo y la misión del Espíritu Santo; y, en cuanto al hombre, por la inhabitación del Espíritu Santo, su incorporación a Cristo para ser "hijo" en el Hijo (es decir, "christifidelis") y así caminar seguro hacia el Padre.

La profundización en la verdadera naturaleza de la Vida Consagrada nos lleva a la esencia misma del Cristianismo, tanto con respecto a la misión como a la comunión y a la identidad. Es aquí donde aparece la necesidad absoluta de la dimensión contemplativa en cada uno de los carismas de la Vida Consagrada: la centralidad de la oración y de la contemplación porque somos "hijos" en el Hijo.

La transformación actual lleva con frecuencia la Vida Consagrada a la vanguardia de la vida social, en medio de sus nuevos problemas y a numerosos espacios faltos de trascendencia. Si los consagrados no cultivan la oración y

la contemplación como elementos que impulsan hacia el misterio, se exponen a olvidarse de la primera realidad y a adecuarse peligrosamente a una mentalidad y un estilo de vida secularizados.

Hay que recordar constantemente que en la base de todo está el fascinante misterio de la Trinidad; como dicen las Constituciones renovadas, “nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre, que nos consagra con el don de su Espíritu y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes”⁴.

4. *Constituciones* 3.

Vemos enseguida que, al profundizar en el aspecto misterioso de la misión (dígase otro tanto de la comunión y de la identidad), emergen como inseparables entre sí, por parte de Dios, la “vocación”, la “consagración” y la “misión”. Es una conquista conciliar que ha iluminado la identidad de la Vida Consagrada. Aquel famoso verbo “consecratur” de la constitución *Lumen gentium* llevó la atención de los religiosos a la “consagración” y ha dado su nombre específico a los Institutos de “Vida Consagrada”. En este vocablo se concentran las luces del misterio e invita a plantear de nuevo, especialmente, la relación vital de la misión con la consagración.

También el Santo Padre, en su discurso a los congresistas, presentó a Cristo como “*el consagrado* por excelencia” y, por tanto, el “enviado” del Padre para la salvación del mundo. En la sinagoga de Nazaret Jesús se había aplicado a sí mismo la profecía de Isaías⁵. Comentaba el Papa al respecto: “El Espíritu no está simplemente “sobre” el Mesías, sino que lo “llena”, lo penetra, lo alcanza en su ser y en su actuar. En efecto, el Espíritu es el principio de la “consagración” y de la “misión” del Mesías⁶ ... Toda consagración en la Iglesia está ligada intrínsecamente a *una síntesis radical y vital de consagración y misión*”⁷.

5. *Lucas* 4, 16-19.

6. *Pastores dabo vobis* 19.

7. *L'Osservatore Romano*, 27 de noviembre de 1993.

Así queda patente que la misión de los consagrados no se mide sólo por los compromisos directos de apostolado o de promoción, sino por la vida misma de los consagrados, por su entrega total a Dios en Cristo, potencia-

da por la gracia del Espíritu, que hace de dicha entrega una caridad activa en favor del prójimo.

Después se indicaron los mayores retos que hoy tiene planteados la misión de la Iglesia; todo Instituto carismático debe interesarse por ellos e intervenir según su propia índole y atento a los contextos en que actúa.

Las principales necesidades que hoy debemos tener en cuenta son:

- las exigencias de la Nueva Evangelización;
- la opción preferencial por los pobres;
- la no violencia como estilo de vida y de acción al buscar la justicia;
- un diálogo interreligioso e intercultural que ayude a cortar los abusos de los fundamentalismos y totalitarismos;
- los distintos nuevos areópagos donde falta la luz del Evangelio.

También se habló más de una vez de un aspecto que se formuló con un término que ahora comienza a usarse: la “liminalidad”. Es un concepto que indica cómo se coloca la vida Consagrada en una “situación de frontera”. Podemos relacionarlo con la “originalidad” y “creatividad” que los Fundadores transmiten a sus discípulos. De ella habla Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, cuando dice que, gracias a su consagración, los religiosos “son emprendedores, y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se los encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontan los más graves riesgos para su salud y su propia vida”⁸.

8. *Evangelii nuntiandi* 69.

La misión, pues, es un poderoso estímulo de transformación que procede del mismo manantial de la vocación y de la consagración; o sea, en definitiva, proviene del Espíritu del Señor.

La comunión

Otro aspecto en el que la vida Consagrada ha vivido un fuerte impulso de transformación es la renovación de la comunidad. De un tipo de comunidad tradicional, basado predominantemente en la observancia de la Regla, se ha pasado a otro en el que se busca y se cultiva la verdadera "comunión" en una vida de mayor fraternidad.

También aquí la profundización en el concepto eclesial de comunión (puesto en fuerte relieve por el Vaticano II y por el Sínodo extraordinario de 1985) llevó a reflexionar sobre su dimensión mística. Es preciso mirar, de nuevo, a la vida trinitaria de Dios, en la que hay distinción de personas y unidad de comunión en inagotable reciprocidad de donación.

Pero no se quiso hacer del misterio la medida de la vivencia real, aun cuando siga siendo la gran luz que guía. La experiencia de la vida no invita ciertamente a mitificar la comunidad religiosa ni la comunión en la Iglesia: en la peregrinación eclesial por el camino de los siglos y en la experiencia concreta de las casas religiosas nunca ha existido ni existirá la comunidad perfecta: es una meta escatológica.

Sin embargo, esa constatación realista no quita ánimos para mirar al misterio trinitario y esforzarse en construir comunión: tanto en la vida fraterna de los Institutos como en la convivencia orgánica de la Iglesia.

De aquí la necesidad de llevar este tema a la educación en la donación de sí, en el diálogo, en la escucha, en el perdón mutuo, en la revisión de vida, en la práctica de la misericordia, en el cultivo constante de la bondad, en la paciencia, en la emulación recíproca, etc., no sólo como metodología para una tarea en sí difícil, sino también como elemento constitutivo de la condición humana en el tiempo y, por lo tanto, esencial al concepto realista de comunión.

Aunque se viva en la imperfección —más como objeti-

vo que como meta alcanzada—, la comunión es esencial en la Iglesia y en la Vida Consagrada: da testimonio de la presencia redentora de Cristo y del papel unificador del Espíritu Santo.

Hoy el mundo lanza un sinnfín de retos al ideal eclesial de constituir todos juntos una sola gran familia humana: parece una utopía inalcanzable. No obstante, la Iglesia tiene que trabajar en esa dirección. Los consagrados “religiosos” están llamados a dar testimonio, en la Iglesia, de una fuerte experiencia de comunión en comunidad de vida, según las diferentes modalidades de sus carismas.

Entre los puntos evidenciados para asegurar la autenticidad de la renovación, podemos recordar sobre todo los siguientes:

a.—Los Institutos religiosos deben “*creer en el valor de la comunidad*”. Deben, pues, esforzarse por una vida real de comunión en sus casas, por una participación activa en el proyecto comunitario, por un empeño mayor para ser “un solo corazón y una sola alma”, como al principio del Cristianismo. En concreto, esto comporta también asegurar la “consistencia” de la comunidad, evitando el peligro de la atomización, que daña peligrosamente la misión. Todo ello en conformidad con la índole carismática de cada Instituto.

b.—La comunión de los consagrados se inserta vitalmente en la “*comunión orgánica*” del Pueblo de Dios; más aún, debería contribuir a una comunión eclesial más viva: ¡ser expertos y agentes de comunión! Se puso de relieve tanto el compromiso de los consagrados por una inserción genuina en la Iglesia local contribuyendo con las riquezas de su propio carisma, como la atención de los Pastores a las posibilidades de aportación de cada uno de los carismas, cuyos garantes deben ser los obispos⁹.

c.—*La comunión entre los carismas* de los diversos Insti-

9. Cf. *Mutuae relationes* 8 y 9.

tutos, sobre todo de los más homogéneos: un “intercambio de dones” que haga más eficaz la misión de cada uno.

d.—Se subrayó, particularmente, *la comunión de los consagrados con los seculares*; es una prometedora frontera de futuro hacia la que hay que caminar con esperanza.

Se habló de “irrupción de los seculares” en la Iglesia, como uno de los hechos que caracterizan a nuestro tiempo. Este hecho interpela también a los carismas de los consagrados.

Entre las propuestas que los Superiores Generales entregaron al Sínodo está la siguiente: “Opinamos que es necesario animar a los seculares a que participen, según su propio modo de ser, del carisma de los religiosos, creando diversas formas de asociación y colaboración, aunque conservando su autonomía de encarnación y desarrollo de acuerdo con su estado laical”.

También el Santo Padre en su discurso, hablando del trabajo de los Religiosos en la nueva evangelización, hizo una alusión especial a esta mayor comunión. “Será necesario —afirmó— profundizar y precisar las relaciones espirituales y apostólicas entre los Religiosos y los seculares, *favoreciendo nuevos métodos y nuevas expresiones de cooperación*, para facilitar en nuestro tiempo el anuncio de Cristo”¹⁰.

Hablando de la comunión, se recordaron también las novedades que comporta en el ejercicio de la autoridad carismática, especialmente en la animación y promoción del carisma, para favorecer una mayor corresponsabilidad, una renovada espiritualidad y un nuevo sentido apostólico¹¹.

10. *L'Osservatore Romano*,
27 de noviembre de
1993.

11. Cf. *Mutuae relationes*
13.

La identidad

El Congreso habló de la identidad partiendo de la experiencia de los últimos decenios como respuesta a los profundos cambios socioculturales, teniendo en cuen-

ta la diversidad de los carismas y de los problemas que plantea el proceso, ya iniciado, de la inculturación.

Una identidad en movimiento, no realizada plenamente; todavía se encuentra en camino y probablemente no dispone aún de un nuevo modelo ya experimentado.

Se recordaron los esfuerzos hechos después del Vaticano II: la celebración de los capítulos generales especiales, la vuelta al Fundador, la elaboración de las Constituciones, la mayor importancia de la misión, la apertura a nuevas experiencias, el renovado fervor misionero, el diálogo entre los diversos Institutos, el aumento de las Conferencias nacionales e internacionales, etc.

También se pudo comparar la Vida Consagrada —en la perspectiva de las Religiones— con fenómenos de éstas que se le parecen en lo externo; de ese modo no se olvidó el aspecto histórico-cultural ni el religioso-antropológico.

Pero se vio también que su suprema originalidad está ligada a la unicidad del misterio de la Encarnación. Pensando en la “sacramentalidad” de toda la Iglesia, muy destacada por el Concilio, se habló de la *función simbólico-transformadora* de la Vida Consagrada en sus variadas formas carismáticas, como si fuese una “parábola escatológica” para la fe de todo el Pueblo de Dios. Su significación, según dicho papel simbólico-profético, no la coloca por encima de los demás miembros de la Iglesia como si poseyera una dignidad mayor, sino que la distingue y la hace subsidiaria porque está destinada a un servicio peculiar. La vida religiosa proclama algunos aspectos del multiforme misterio de Cristo y hace perceptibles a los contemporáneos sus ricos contenidos de salvación.

Su identidad está así vinculada, simultáneamente, a Cristo y al Espíritu: a Cristo, como presencia encarnada de Dios y signo pluriforme de salvación; al Espíritu, como poder divino que mueve y llena de gracia toda la misión de salvación.

La descripción de esta identidad puede hacerse de diversos modos, subrayando uno u otro aspecto de discípulos especiales de Cristo animados por su Espíritu.

Los Superiores Generales, en el documento que entregaron a la Secretaría del Sínodo, están de acuerdo en afirmar que “hoy el aspecto teológico que predomina en el magisterio es la ‘consagración’, expresada en la Iglesia mediante la profesión pública de los consejos evangélicos. Otra gran realidad teológica, que parece poder unificar la variedad de perspectivas, es el ‘carisma’. Todo Instituto surge por el impulso carismático del Espíritu ofrecido a los Fundadores y transmitido por éstos a sus discípulos. El carisma implica un modo específico de ser, de misión, de espiritualidad, de formas y estructuras del Instituto”.

Nosotros podríamos decir que ambas realidades (consagración y carisma) se superponen y se intercambian mutuamente. En efecto, se trata en cada caso no de una consagración genérica, sino de una consagración peculiar, especificada por una misión y por un proyecto evangélico que constituye la experiencia de Espíritu Santo, que es la substancia de todo carisma. Por otra parte, un carisma nace precisamente, como de su primera fuente, de una consagración peculiar en el Espíritu del Señor.

De las reflexiones que se hicieron en el Congreso, aquí podemos poner de relieve algunas consecuencias:

a.—La primera es la que recordó el Papa en su discurso: la “*espiritualidad*”. “El primer valor de fondo que hay que cuidar —dijo— es la ‘espiritualidad’, según el carisma típico de cada Instituto. En la consagración religiosa, la intimidad, riqueza y estabilidad de un vínculo especial con el Espíritu Santo están en la base de todo. La Iglesia no necesita religiosos deslumbrados por el secularismo y por los atractivos del mundo contemporáneo, sino testigos valientes y apóstoles infatigables del Reino”¹². Una espiritualidad renovada hace “significativo” el carisma, como testimonio vivo de novedad de vida.

12. *L'Osservatore Romano*,
27 de noviembre de
1993.

b.—El testimonio profético y escatológico que manifieste las características cristológicas del Hombre nuevo y las pneumatológicas de la santidad en el fervor de la caridad. Esto comporta que, para ser significativos de cara al Reino, debemos preguntarnos también por el aspecto de la inculturación en el testimonio de la propia espiritualidad.

c.—La identidad de la Vida Consagrada es correlativa a las otras formas de vida en la Iglesia; todas coinciden en una identidad fundamental: ser “*christifideles*”. En el Pueblo de Dios, los discípulos del Señor pueden ser: “*christifideles laici*”, “*christifideles ordinati*” y “*christifideles consecrati*”; la substancia para todos es ser “*christifideles*”. La Vida Consagrada debe saber poner en evidencia algunos rasgos peculiares del espíritu de las bienaventuranzas que le confieren una significación especial para bien de todos: sentirse “parábola” existencial narrada por el Espíritu Santo: ser un símbolo que estimule con fuerza profética.

Fue interesante escuchar en las mesas redondas el modo de considerar la Vida Consagrada desde las diversas perspectivas eclesiales: secular, femenina, histórica, cultural, clerical; en particular, fue importante (de cara al Sínodo) la intervención del teólogo Bruno Forte desde la perspectiva del sacerdote ordenado, al que en la Iglesia está confiado, como signo del Cristo-Cabeza, el ministerio de la unidad: “no síntesis de todos los dones y ministerios, sino ministerio de síntesis”.

La formación y las vocaciones

Este tema, hoy uno de los problemas prácticos más exigentes para la Vida Consagrada, no estaba pensado como ponencia del Congreso, pero constituyó la óptica de trabajo de varios grupos. El momento de transición y

crisis en que vivimos lo hacen sentir con urgencia extraordinaria y está íntimamente vinculado con cada uno de los temas tratados.

En efecto, éstos deben hacerse experiencia de vida en todo religioso. De aquí la pregunta y el reto: ¿Qué actitud de formación permanente, qué proceso de formación inicial y qué itinerario metodológico pueden llevar al religioso a identificarse vitalmente con un proyecto carismático específico y a vivir y testimoniar los valores del Reino con una fidelidad renovada en sintonía con las exigencias de nuestro tiempo?

En los grupos y en las “constelaciones” se oyó muchas veces esa pregunta y se indicaron pistas de respuesta. Esta fundamental preocupación fue recogida por una intervención especial en la asamblea del último día.

Pocos días más tarde los Superiores Generales lo tratarían directamente en su documento, subrayando la necesidad de continuidad entre formación inicial y formación permanente, y ésta, extendida a todos los miembros de la Iglesia, llamados en estos años a verificar en profundidad el seguimiento de Cristo desde los ámbitos de la misión, de la comunión y de una identidad renovada.

En su documento, los Superiores señalan “convicciones” y hacen “propuestas”.

Sus *convicciones* son las siguientes:

a.—“Afirmamos la importancia de una formación integral, según el propio carisma. Esta formación, a la luz de la Palabra de Dios, debe centrarse en la experiencia de Dios, que encuentra su cumbre en la liturgia eucarística. Siguiendo a Cristo y bajo la acción del Espíritu, la formación debe ser humana, progresiva e inculturada; debe ‘iniciar’ en la comunidad, entendida como comunión en la Iglesia; debe preparar a los candidatos para la misión en contacto con experiencias de la vida real”.

b.—“La formación hoy exige: el seguimiento radical de Jesús —seguimiento que tiene expresiones típicas en la

Vida Consagrada—, el diálogo y el testimonio recíproco, la educación en la afectividad y en las relaciones interpersonales, el discernimiento comunitario y personal, el respeto de las personas y la comprensión de los dinamismos sociales, la opción por los pobres y la atención a los mecanismos de opresión”.

c.—“Tenemos necesidad de preparar equipos de formadores que sean al mismo tiempo maestros, educadores y testigos; que procedan de las culturas locales y estén arraigados en ellas, porque creemos que la formación debe hacerse, en la medida de lo posible, en el propio lugar; que tengan una experiencia transcultural, de modo que puedan ‘trascender’ (purificar, discernir y desafiar) la cultura local”.

d.—“Para el crecimiento de las personas y para la inculcación de los carismas, es imprescindible una formación permanente que respete al individuo y tenga en cuenta las diversas etapas de su vida y los diferentes contextos socio-culturales y eclesiales”.

e.—“Nos parece urgente probar nuevas formas de ‘iniciación’ en la Vida Consagrada con jóvenes procedentes de las minorías étnicas y de grupos marginados”.

Una vez formuladas las anteriores convicciones, los superiores hacen algunas *“propuestas”*. Cito sólo dos que me parecen más significativas para el Sínodo.

La primera es la siguiente: “La formación requiere estima de las otras vocaciones eclesiales; proponemos, pues, que haya más colaboración entre los Institutos de Vida Consagrada y los Obispos en la formación de todas las vocaciones; en particular, proponemos la creación de institutos de estudio y la realización de encuentros con la colaboración de los miembros de diversos Institutos, del clero diocesano y del laicado.”

La segunda dice: “Proponemos que en los seminarios diocesanos y en las facultades teológicas haya cursos sobre la teología de la Vida Consagrada y que en nuestros cen-

tros de formación se organicen estudios sobre las diversas vocaciones”.

¿Qué van a decir los Obispos en la próxima reunión sinodal?

Sabemos que la función de un Sínodo ordinario es propiamente “pastoral”: tiene en cuenta el bien de toda la Iglesia; se mueve en la óptica de la eclesialidad, de la comunión y de la mutua complementariedad de las diferentes vocaciones. Las ópticas de los Obispos son: la pastoralidad, la universalidad y la urgencia.

Es evidente que lo que ofrece este Congreso, a pesar de su carácter mundial, es de hecho parcial, pues no trata de toda la Vida Consagrada, ofrece reflexiones que fundamentalmente proceden de la experiencia de los Institutos religiosos masculinos y, por último, representa la sensibilidad de los responsables de la Unión de Superiores Generales, que necesariamente pueden haber tenido una perspectiva y un planteamiento de estudio que no comparten plenamente todos los representados. No se afrontaron los horizontes de la Vida Consagrada no religiosa y sólo se tocó someramente la delicada problemática femenina.

Será asimismo necesario profundizar con más atención la llamada “reorganización comunal” en la Iglesia, con el sentido vivo del “intercambio de dones” en una “comunión orgánica”: los Obispos tienen, en este ámbito, una sensibilidad y responsabilidad particular y hablarán desde la óptica de su ministerio de unidad.

El Sínodo, pues, afrontará un conjunto más amplio de orientaciones, partiendo sobre todo de la perspectiva de los Pastores. Ya aludíamos a ello en la circular de octubre de 1992¹³.

Aquí, animados por el Congreso, podemos desear que aparezcan algunas orientaciones fundamentales que ase-

13. Actas del Consejo General, núm. 342.

guren la autenticidad y la fecundidad de la Vida Consagrada en la Iglesia, desde el punto de vista de su pastoralidad, universalidad y urgencia. Pienso en las siguientes:

– Una profundización de la doctrina conciliar sobre la Vida Consagrada, en cuanto que ésta pertenece a la vida y a la santidad de la Iglesia, reconociendo también que los consagrados han mostrado históricamente la naturaleza de la Iglesia a lo largo de los siglos en las fronteras más necesitadas y difíciles.

– Que los diversos carismas sean acogidos y favorecidos en el Pueblo de Dios según su variada naturaleza y complementariedad: tanto de tipo contemplativo, como de especificidad apostólica o secular. Que los Pastores ayuden a vivirlos en fidelidad a los Fundadores, con la valentía de la creatividad del Espíritu para responder a los signos de los tiempos y con un esfuerzo concreto de inculturación.

– Que se favorezca la comunión y el diálogo fraterno entre consagrados y Obispos, entre consagrados y clero, y entre los consagrados de los diferentes Institutos, y que, en particular, se promueva una comunión más intensa entre consagrados y seculares, de manera que muchos de éstos puedan participar, desde su estado, en las riquezas del carisma de los Fundadores.

– Que, para el aumento de la comunión, se cuide mucho, en los Institutos de Vida propiamente Religiosa, la dimensión comunitaria, según el espíritu de cada carisma. Una vida comunitaria que asegure la significación específica de la propia vocación y la corresponsabilidad en el proyecto de la misión, que debe revisarse teniendo en cuenta los retos de la nueva evangelización.

– Que el Sínodo sea una oportunidad para promocionar la figura y el papel de la mujer consagrada en la Iglesia.

– Que la urgencia del cuidado de las vocaciones y la necesidad de una formación sólida, tanto inicial como permanente, se asuman como compromiso prioritario.

– Que el Sínodo subraye la insistencia del Santo Padre en la espiritualidad: “El primer valor de fondo que hay cuidar es la ‘espiritualidad’, siguiendo el carisma típico de cada Instituto. En la consagración religiosa, la intimidad, riqueza y estabilidad de un vínculo especial con el Espíritu Santo están en la base de todo... ¡Qué necesaria es, hoy, una espiritualidad auténtica!”¹⁴.

14. *L'Osservatore Romano*,
27 de noviembre de
1993.

En camino hacia el Sínodo

Podemos decir que en este Congreso ya se ha saboreado el “tiempo” del Sínodo. Pero todavía podemos influir en su preparación.

Es convicción común que existe un movimiento de nueva evangelización, determinado por diversos fenómenos externos e internos de la Iglesia: ampliación de la visión geográfica del mundo, nuevas fronteras que hay que iluminar con el Evangelio, conciencia comunal de todo el Pueblo de Dios, complementariedad de las vocaciones. Todo ello incide con fuerza en la transformación de la Vida Consagrada. En efecto, nos encontramos en un ambiente diverso: se habla, por ejemplo, de modernidad y posmodernidad; es un cambio de época. De sus tendencias llega una especie de invitación. Hay que preguntarse: La presencia de los consagrados ¿habla hoy a la gente como en los tiempos de cristiandad? ¿Qué es lo que logran comunicar con claridad? ¿Cuál es su significación concreta? ¿Qué esperan los jóvenes, sobre todo, de quienes dicen que son discípulos radicales de Cristo: signo viviente del Espíritu Santo para el hombre de hoy?

Ya nuestro XXIII Capítulo General había especificado cuatro retos que se han de afrontar para ofrecer un testimonio que sea eficaz en una educación completa: la lejanía, la insignificancia o irrelevancia de la fe, la multirreligiosidad y las pobrezaas.

La respuesta se está preparando todavía; hay ya pun-

tos sólidos, individuados con seguridad; pero, aunque basados en ellos, se sigue buscando. El Congreso no ofreció modelos prefabricados, pero señaló el camino. Entre sus indicaciones más fuertes yo recordaría las siguientes:

a.—El hecho de la presencia ininterrumpida de la Vida Consagrada en la historia de la Iglesia, con una multiplicidad de formas y una creatividad constante, hace pensar que el Espíritu Santo anima vigorosamente a la Iglesia y que nunca la dejará desprovista de carismas comunitarios, aunque esto no asegure el porvenir de cada uno de los Institutos actuales.

b.—Es impresionante el cambio que se está produciendo en la geografía de la Vida Consagrada: se está desplazando hacia el sur y hacia el este. Lo cual suscita, entre otras cosas, el problema de la inculturación. Cuando dicho proceso esté más adelantado, la Vida Consagrada tendrá un rostro pluricultural y deberá reforzar la unidad con una comunión más convencida y mejor definida.

c.—A pesar de la crisis, vivimos un tiempo de esperanza, que procede:

— de la fe en la presencia del Espíritu Santo, fuente de los multiformes carismas, el cual, como acabo de decir, no cesa de sacudir el corazón de los hombres y de mover continuamente a la Iglesia;

— de la fecundidad del carisma de los Fundadores (algunos con más de quince siglos de vida) cuando se aviva el fuego de los orígenes;

— de la lógica del misterio pascual, que ilumina también el florecer de la Vida Consagrada: de todo lo que muere generosamente en el Señor, nacen nuevas realidades llenas de vida. Nosotros no podemos proyectar con sofisticaciones técnicas un futuro que se basa vitalmente en la fidelidad al Fundador y a los signos de los tiempos. Hay que tener la audacia y la confianza de crear también pequeñas realidades genuinas, que sean fecundas y constantes frente a obstáculos que parecen superiores a las

propias fuerzas. Pensemos, por ejemplo, en nuestro "Proyecto África", lanzado en años de crisis.

d.—El conjunto de los valores positivos recogidos en el congreso refuerza la convicción de que toda la esperanza de futuro debe ponerse en la calidad de testimonio y de acción: calidad de las personas, calidad de las comunidades, calidad de las actividades y obras. Sin calidad, aunque todavía seamos muchos, se camina hacia abajo, hacia el ocaso. En cambio, si hay una semilla llena de vitalidad, por pequeña que sea, se camina hacia el crecimiento incluso numérico.

Caminemos, pues, hacia el Sínodo. Con nosotros camina también María, madre y guía de toda la Vida Consagrada. Que Ella —dijo el Papa— "os guíe y acompañe en esta difícil e inmensa tarea de renovación, y que interceda por el buen resultado del próximo Sínodo. A ella, la Virgen Inmaculada, modelo supremo en la obediencia de la fe, le pido que avive en la Iglesia el testimonio de los consejos evangélicos, para que aparezca ante todos la belleza del rostro cristiano en el espíritu de las bienaventuranzas. Que Ella, pues, asista también a los Pastores, para que tengan de la Vida Consagrada una visión y un aprecio que robustezca su presencia y su misión en el Pueblo de Dios"¹⁵.

15. *L'Osservatore Romano*,
27 de noviembre de
1993.

Espero, queridos hermanos, que la rápida presentación del Congreso estimule a todos, en los meses que faltan para el histórico Sínodo, a intensificar la oración por este acontecimiento eclesial, a renovar la conciencia de nuestra vocación y a vivirla en la misión y en la comunión, profundizando en el compromiso prioritario de formación permanente que nos indicó el XXIII Capítulo General.

Durante el encuentro se recordó con frecuencia a los Fundadores, los primeros que acogieron el carisma y lo vivieron con toda su alma, encarnándolo en un contexto histórico y eclesial determinado, y lo comunicaron vital-

mente como semilla que debemos cultivar para que conserve viva su fecundidad. Sintámonos acompañados de nuestro Fundador y Padre san Juan Bosco en un camino trazado e iluminado por María, que, con su intervención materna, quiso nuestro carisma para la juventud.

A todos, de nuevo, mis mejores deseos para 1994.

Vuestro afmo. en el Señor que viene,

EGIDIO VIGANÓ